

CRISTÓBAL COLÓN Y LA GEOPOLÍTICA DEL ORIENTE Y DEL OCCIDENTE

*Disertación del académico Dr. Enrique de Gandía, al recibir
el diploma de miembro fundador, en la sesión pública
del 22 de julio de 1987*

DISCURSO DE APERTURA DEL PRESIDENTE
DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS, ACADEMICO
Dr. SEGUNDO V. LINARES QUINTANA

La Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas no ha querido esperar hasta el próximo año, en que se cumplirá el cincuentenario de su fundación, para rendir su cálido y afectuoso homenaje al único sobreviviente de las destacadas personalidades que la instituyeron, el académico Dr. Enrique de Gandía.

Por ello, y no obstante el papel protagónico que corresponderá al académico Dr. de Gandía en tan fausta celebración, nos anticipamos hoy a testimoniarle nuestros más caros sentimientos de admiración, respeto y afecto, conquistados a través de muchos años de fecunda y talentosa faena intelectual, que si honra a su autor honra también a la Ilustre Corporación a que pertenece.

El académico Dr. de Gandía nació en la ciudad de Buenos Aires y cursó sus estudios en Francia, Italia y España, destacándose desde muy joven por su inteligencia y dedicación.

Estudió e investigó con empeño y sin pausa, en los apasionantes dominios de la historia del arte, la genealogía y la historia americana, materias en las que adquirió pronto singular prestigio y autoridad dentro y fuera del país.

Profundizó en las vidas de Colón, Vespuccio, Mendoza, Irala y otros conquistadores, materias sobre las que escribió valiosos trabajos, así como sobre la historia del Paraguay y del Chaco, los indígenas, las cuestiones de límites en el siglo XVI, los piratas del Río de la Plata, como tam-

bién acerca de gran diversidad de temas de la época de la Conquista y del Virreinato. Analizó, asimismo, los orígenes de la independencia americana y argentina, la historia de las Islas Malvinas, la historia de Buenos Aires y variadas cuestiones de derecho internacional americano.

Sus obras señeras Nueva historia de América, Orígenes Desconocidos del 25 de Mayo, La Revisión de la Historia Argentina, Napoleón y la Independencia de América, Conspiraciones y Revoluciones de la Independencia Americana transformaron antiguos conceptos que prevalecían sobre las causas y el espíritu de la Independencia.

Ha dedicado dos de sus innumerables libros a Mariano Moreno, como también otros a San Martín, Bolívar, Sarmiento, Âlzağa y otras personalidades de la historia americana. Es autor de obras de crítica literaria y ha comenzado a publicar una Historia de las Ideas Políticas en la Argentina en quince tomos.

El académico Dr. de Gandía recibió merecidamente, por su largá, fecunda y brillante labor científica, importantes distinciones, tales como dos premios nacionales en letras, en dos oportunidades el premio que otorga el Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, así como el que discierne la Institución Cultural Española.

Es miembro de número, a la vez que decano, de las Academias Nacionales de la Historia, de Ciencias Morales y Políticas y Sanmartiniana. También es miembro correspondiente y honorario de las Reales Academias de Historia de Madrid, de Zaragoza, de Toledo, de Córdoba y de Cádiz, así como en todas las Academias Nacionales de Historia de América y de los Institutos Histórico y Geográfico de Río de Janeiro y de San Pablo.

Ha sido también profesor titular en cinco Universidades, profesor emérito y profesor honorario; y es asimismo fundador y presidente honorario de numerosas instituciones académicas y culturales.

En el acto público de homenaje que tributó al académico Dr. de Gandía la Academia Nacional de la Historia, el 11 de noviembre de 1980, con motivo de cumplirse cincuenta años de su designación de académico de número, el Presidente de dicha Corporación, Dr. Enrique M. Barba, dijo al homenajeado: "Son cincuenta años, sin contar los anteriores a su incorporación a la Academia, que usted ha

acostumbrado al público lector de toda la República a ver cómo aparecían continuamente y sin descanso sus múltiples obras historiográficas. La continuidad en el esfuerzo y la presencia de tan variados títulos constituyen un caso de excepción”.

Y es que, verdaderamente, resulta muy difícil encontrar un caso parecido al del académico Dr. de Gandía, en cuanto a su dedicación al estudio y a la cantidad de trabajos publicados. Por eso, en la referida oportunidad, pudo decir: “Cuando un hombre ha vivido tres cuartos de siglo es un poco de historia. Por lo que he visto y por lo que he hecho. He publicado unos cien libros y más artículos que muchos periodistas. Estos libros han sido mi vida, y por ellos estoy aquí, entre tantos ilustres colegas”.

“Yo nací entre libros y cuadros —confiesa con justo orgullo—. Aquellos libros fueron mis esperanzas. Me enseñaron que el secreto de un escritor es hacerse entender. Desde niño fui, por tanto, un escritor”. Y agrega que “en todo momento de tristeza un libro me ha devuelto la ilusión”.

Lector infatigable, relata: “Cuando mi padre comprobó que la historia era mi pasión, me compró todo género de libros de historia y de literatura. No le importaba que fuera a colegios. Lo que quería era que aprendiera idiomas y leyera buenos libros. En un invierno —sigue contando—, mitad en Dax y mitad en Toulouse, en el Sur de Francia, leí las obras completas de Shakespeare e hice un resumen de sus argumentos. Mi padre, entonces, puso en mis manos los clásicos griegos y los dramaturgos españoles. Yo leía todo el día y mucho de la noche. Era el descubrimiento de tres almas: la inglesa, fundada en tradiciones históricas, todas legendarias, que buscaban una moral y un entretenimiento; la griega, que me sumía en un fatalismo y en un mundo de plañideras, y la española, que se basaba en el honor del hombre y en la gloria de la patria. Shakespeare y los griegos eran el teatro; Lope, Calderón, Tirso, Cervantes, eran la vida, la honra, el heroísmo, en una palabra, España. «Con Shakespeare —le dije a mi padre— he perdido el tiempo en cuanto a la historia. Con los españoles he conocido el alma y, por consiguiente, la historia de España. El inglés es un dramaturgo; los españoles son la vida de un pueblo y, en especial, el ensalzamiento de la libertad»”.

El admirado, querido y siempre recordado Maestro Loudet, Presidente Honorario de esta Academia, en una de sus inolvidables lecciones afirmaba que "es indudable que el destino del hombre está vinculado al cumplimiento de su vocación. De otro modo corre el riesgo de perderse o ambular por caminos que no son los suyos. La vocación y la vida están íntimamente unidas y el éxito de la segunda depende de la primera. Si respondemos con amor y perseverancia a esta inclinación de nuestro espíritu que llamamos vocación, no habremos errado nuestro camino, y siendo el nuestro, será nuestro destino".

Quede bien en claro que no basta tener una vocación, sino que además es necesario saber, querer y poder cumplirla. Bien observa Marañón que "lo esencial para cumplir con rigurosa eficacia nuestra misión social no es la aptitud, sino la afición, palabra ésta que los españoles debemos ajustar a su sentido estricto de amor a la cosa elegida y de ahínco y eficacia en ese amor. . . Afición, vocación, es amor al deber, o deber impuesto por el propio y espontáneo amor a lo elegido. En cambio, la aptitud origina tan sólo un derecho, y los hombres con derechos sólo, no van a ninguna parte".

El académico Dr. de Gandía, cumpliendo plenamente con su vocación, acertó su camino y triunfó en la vida. Él mismo nos cuenta: "En Madrid, cuando iba a entrar en la Facultad de Derecho, mis padres advirtieron que la historia era mi pasión. Mi padre me dijo: «Te dejo elegir el camino de tu vida; pero tienes que llegar a ser un gran historiador»". En plenitud la sagrada promesa fue cumplida: el Dr. de Gandía es uno de los grandes historiadores argentinos y su prestigio es universal.

"Reconozco —ha escrito de Gandía— que desde el punto de vista académico, soy un enamorado de la historia, a la cual consagré mi vida, y de las ciencias morales y políticas, o sea, de las mores, las costumbres de los pueblos, y el gobierno de las naciones; pero junto a estos ideales tuve otros que los complementan: el arte, la filosofía y la teología. Por ello, acudí a la teología, por el primero en nuestra patria, para explicar los orígenes de Mayo y el espíritu liberal que siempre ha animado nuestra historia. Por ello miré el federalismo como una consecuencia lógica de la libertad que disfrutaban los hombres de nuestra tie-

rra. Por ello afirmé que nuestra historia es una lucha continua por un Congreso, una Constitución, una Capital y una Presidencia, es decir, para alcanzar un gobierno liberal."

El historiador, el jurista y en general el escritor deben cuidarse de no expresar su pensamiento de una manera confusa, incoherente, ambigua, ampulosa o declamatoria, evitando lo que Ortega denominaba fraseología, que no es sino la falsificación o el adobamiento de la realidad, es decir, la insinceridad. Por eso es destacable el estilo del Dr. de Gandía. "Mi gran amigo es Voltaire —dice, a propósito—. Me enseña a ser conciso, claro y concreto. Hay que escribir ideas, no palabras. Voltaire, con su ironía, es un insuperable maestro de historia." Y puntualiza que "la historia debe ser clara, luminosa, accesible a la gente inculta que pretendemos transformar en culta. El secreto de una buena enseñanza está en la claridad; pero, para ser claros, hay que estudiar años y llegar uno mismo, antes que los demás, a entender, a saber a fondo, lo que se va a enseñar. Por ello —dice— mis alumnos han sabido siempre mis lecciones y ninguno, ninguno, perdió su año por mi culpa".

¿Cuál es el secreto de la admirable claridad y concisión en el estilo de este gran maestro de la historia y consumado escritor y conferencista? Él mismo lo devela cuando con ternura declara: "Mi padre me decía: «que no te dé por el estilo de Cicerón, ni el de Castelar; prefiero que sigas el de Anatole France»". Y agrega: "Mi madre, a veces, me corregía algún artículo en el que comentaba un match de boxeo o una regata de traineras. «Cuando te salga un párrafo, sin un punto, de más de dos líneas, ya sabes que está mal escrito». Tenía razón y he tratado siempre de seguir sus consejos. Abandoné los manuales de retórica y poética y me consagré a la concisión y a la claridad".

En tren de confidencias y con su autenticidad característica, confiesa de Gandía: "He tenido siempre admiración por las Academias. En España, cuando concurría diariamente a la Real Academia de la Historia, empecé a admirar a aquellos hombres realmente admirables. Los fui conociendo a todos, uno a uno, como si coleccionara amistades preciosas, y supe de sus muertes cuando me hallaba en países lejanos. En mi patria, tuve la emoción de ser nombrado, en una juventud vergonzosa, miembro de una Academia Americana de la Historia. Había sido fundada

en un Congreso en La Plata. Su primer presidente había sido Joaquín V. González”.

Echando una mirada de conjunto a la que ha sido hasta hoy su fecunda existencia, expresa de Gandía con sin par nobleza: “He buscado la verdad, he hecho todo el bien que pude; he sido generoso hasta más allá de mis medios, y si he cometido algún error, alguna falta, alguna injusticia, imitaré a Carlos V en el instante de su renuncia, y diré que pido humildemente perdón. Perdón por todo el mal que he hecho sin saberlo. Que me perdonen los vivos y me perdonen los muertos”.

El Dr. Loudet distinguía tres edades: la edad del alma, la edad de las arterias y la edad del espíritu, y decía que esta última era la que debía tener prevalencia. El Dr. de Gandía mantiene en espíritu y alma la juventud.

“En nuestra vejez —nos explica— nos sentimos extrañamente fuertes como si viviéramos otra juventud. Lo que ocurre es que hay, en hombres y mujeres, una juventud eterna. Cuando estamos viejos no se ve, pero la juventud, ese ánimo de los veinte años, nunca se pierde. Es siempre el mismo y nos acompaña hasta el último instante de nuestra vida”.

Ha dicho también: “Si yo tuviera que empezar a vivir otra vez haría, con verdadero amor, todo lo que hice. No estoy arrepentido de nada. Volvería a escribir mis primeros libros románticos y pasaría lentamente a la historia, como hice entonces y como estoy haciendo ahora en que vuelvo, como en mi juventud, a leer los autores que entonces leía”. Hoy, como ayer continúa estudiando y produciendo incansablemente en el más alto nivel intelectual. Quizá lo hace más laboriosamente que nunca, no olvidando que, como escribió Schopenhauer, “el tiempo corre lento al comenzar la jornada y vertiginosamente al terminarla”.

Hace algunos años, ocupándome de otro eminente intelectual argentino, recordaba que cuando en su libro inmortal, Dante desciende al infierno, llevado de la segura mano de Virgilio, encuentra allí a Bruno Latini, quien fuera su maestro en vida, quien le imparte su postrer consejo:

“Se tu segui la tua stella,
Non puoi fallire a glorioso porto.”

*“Si tu sigues tu estrella,
No puedes fallar a glorioso puerto.”*

El académico fundador Dr. de Gandía siguió su estrella y arribó a glorioso puerto.

Señor académico fundador Dr. Enrique de Gandía:

A poco menos de cumplir su cincuentenario, la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas se congratula en ofrecerle este sencillo, pero sincero homenaje, al historiador eminente, académico ejemplar, caballero sin tacha y muy querido amigo, deseándole otros muchos años de fecunda y feliz vida en compañía de los suyos.

Testimonio de este homenaje es el diploma que certifica su honrosa calidad de Miembro Fundador, que tengo el privilegio, el honor y el placer de poner ahora en sus manos.